Ruégole me avise si alguna Revista publicase su estudio para el Congreso de Historia; mándenos á Zaccone á Méjico; y reciba un apretón de manos de su afectísimo amigo y atento s. s.

G. DE M.

De la decencia del lenguaje [1]

(ARTÍCULO INMORAL Y DE MALAS COSTUMBRES)

Una monja literata
Dómine meo leyó,
y el entrecejo frunció
entre fosca y timorata.
«No cuadra nombre tan feo
en este latín divino»:
y en vez de *Dómine meo*,
leía *Dómine orino*.
(Anónimo).

Méjico, 15 de Enero de 1905.

SR. D. BASILIO DE LAKA Y URQUIZA, Presbítero.
En Córdoba ó donde se halle.

Trashumante clérigo hermano: . . . .
. . . . . .

No creo faltar al segundo mandamiento si en Dios y en mi ánima juro que mi lenguaje hablado, por la total ausencia de interjecciones, podría

(1) Supongo que este libro no caerá en manos femeniles; pero si cayere... ¡oh, lectora!: yo te suplico de todas veras que prescindas del presente capítulo, intencionalmente escrito *en crudo* para flagelar vicios de pensamiento, de los que tú no puedes tener idea.

hacerlo suyo la más melindrosa damisela. Sea efecto de mi natural apacible, frío y sin arranques, débase á otras circunstancias, es lo cierto que jamás me ocurre soltar un taco, largar un terno, ni aderezar la charla con ajos y cebollas; pero algunos amigos míos, nada gazmoños ni pacatos, tildan de libre y hasta de indecente mi lenguaje escrito, que para los menos despreocupados trasciende á azufre, no sólo por lo herético del fondo, sino hasta por la empecatada forma.

Y como dicen que cuando el río suena agua lleva, alguna vez, no contento con el cargo de inmoral, absorbíme en la contemplación de mi ombligo, como cualquier faquir de menor cuantía, para venir á poner en claro que, efectivamente, en mi desmañada prosa, cual en la de todo hijo de vecino que deteste disfraces y tapujos, aun tratándose de pintadas mariposuelas y de florecillas de los prados, puede señalar nefandas inmoralidades... *la malicia del lector*.

Frecuentemente no está la malicia tanto en lo que se dice, cuanto en cómo se entiende.

Este descubrimiento, por el que no me atrevería á pedir patente de invención, llevóme como de la mano á perderme en intrincado laberinto de consideraciones de varia índole y entre ellas

iban algunas enderezadas á deslindar el influjo bueno ó malo que para la exactitud y riqueza de la expresión pudiere tener la decencia del lenguaje.

Múltiples aspectos presenta el asunto y no pretendo engolfarme en examinarlos todos, limitándome aquí á plantar algunos jalones indicadores de la brecha que otros más entendidos que yo en achaques lingüísticos pudieren abrir para trazar despejada senda.

La castidad, siendo real y verdadera, es necesariamente estéril y por tanto conduce á la muerte; y siendo fingida, conduce al mismo resultado por el obscuro y mal oliente subterráneo de la hipocresía. Me explicaré: hay palabras, frases, eufemismos, que hacen con el idioma, y por ende con el pensamiento, oficios de ese aparato que los ingleses llaman «*french leather*» y los franceses «*capote anglaise*» y nosotros con donosos nombres apellidamos, el cual aparato no sólo no evita el vicio, sino que lo fomenta garantizando toda impunidad...

En las páginas de nuestros clásicos pululan el *cabrón*, la *alcahueta* y el *hi de puta*, que en vano pretenderemos hallar en los libros modernos. ¿Habrá por ventura fenecido tal ralea? ¡Cá!: es

inextinguible; pero se oculta bajo cien denominaciones diversas. ¿Cien denominaciones, dije? Ya sé lo que se me va á argüir: que el deseo de hablar con decencia nos obliga á enriquecer el léxico... Pues no es verdad, porque lo que hacemos al pretender matar una voz expresiva, de significado claro y bien definido, no es crear otra equivalente, de igual fuerza, sino valernos de circunloquios, de rodeos, que no enriquecen el idioma y sí introducen lamentable vaguedad en los conceptos. Cuando acaso se inventa un neologismo, so capa de decencia, suele tener escasa fortuna y poco vivir. Ningún periódico se atreve á hablar de *rameras* (y escojo un vocablo pulcro), pero durante algunos años hemos estado leyendo en letras de molde el calificativo de «*horizontal*», que siquiera por la posición que atribuye á la hembra á que se aplica, es de lo más inmoralmente *sugestivo* que conozco.

Lo gracioso es que el vulgo sólo entiende por *inmoral* aquello que de cerca ó de lejos supone una infracción al inhumano sexto mandamiento, como si toda la ciencia del bien y del mal fuese únicamente cuestión de pretina ó de hoja de parra. Tal parece, dentro de los cánones de la moral al uso, que el hombre, mejor dicho, el *ser*

honrado y bueno por excelencia es el eunuco. Reniega de la vida un protagonista de nuestro teatro «porque el delito mayor del hombre es haber nacido», pero mayor aún parece á muchos hacer que nazcan otros... á menos que gentes extrañas, y que nada tienen que ver con el acto mismo, hayan dicho antes una porción de cosas hueras á nombre de tal ó cual rito ó código. Tate, tate, que me voy por los cerros de Úbeda.

El miedo *á las palabras*, en aquellos precisamente que menos se cuidan *de las obras*, no es exclusivo patrimonio nuestro. La *pudibundez* británica llega al punto de que cualquier moza de cántaro encuentre *shocking* que alguien hable de «camisas», «corsés» ó cosa análoga. Hay más: en la *pérfida Albión* (estilo de gacetilla) se considera casi una blasfemia decir «devil», «hell», etc. Por fortuna, los hispano-parlantes, gracias á la Santa Inquisición, estamos familiarizados con el infierno y sus inquilinos. En la Católica Corte de los Austrias nadie estuvo libre de que el espíritu maligno se le pasease por el cuerpo; y de hisopazos y exorcismos para ahuyentar al pegajoso diablo, no solía escaparse «del Rey abajo, ninguno». Sin duda desde entonces esta-

mos los españoles dados á todos los demonios y por eso solemos hacer tantas diabluras.

Parécenme ridículos ciertos repulgos de empanada en varones barbados y fecundas matronas cuyo lenguaje figurado y reticente, más que para sosegar la fantasía, puede servir para despertar la malsana curiosidad de esos *menores* á quienes la mojigatería reinante quisiera tener indefinidamente bajo rancios fanales, que los preservasen de todo contacto externo, sin pensar que la luz pasa á través del cristal...

Échase toda la culpa de la licencia del lenguaje á los pobres escritores, especialmente á los autores cómicos, diciéndose de ellos que sólo exprimen el chirumen para endilgar gracejadas á tuertas y á derechas; y sin embargo, verá quien observe, por ejemplo en un teatro, que son los espectadores los verdaderos «prevaricadores de vocablos»—(como de Sancho decía don Quijote), —los que dislocan ó funden, quiebran ó amalgaman palabras ó modifican su significación.

Cierto es que los libretistas del *género chico* abusan de silepsis, retruécanos y demás joguezuelos, pero á donde no llega el ingenio de los autores alcanza la malicia del público, que con ahinco digno de más alta empresa, hoza en el

diálogo para descubrir «*albures*» por todas partes. Y este sostenido esfuerzo de la imaginación, este prurito de procurarse constantemente el placer del chiste grosero, esta especie de onanismo mental, acaba por degenerar en incontinencia indomable y hasta contagiosa. Puedo citar un caso gráfico de cuya autenticidad respondo.

Vino últimamente á Méjico una detestable compañía de opereta francesa. Cuando ví anunciada *Le cœur et la main*, imaginando se tratase de algo sentimental y romántico, dentro de mis inclinaciones, plantéme tempranito en el teatro. En mi fila de butacas se instaló una familia completa: el papá, sesentón de aspecto respetabilísimo; la mamá, matrona de buena estampa, y tres niñas que parecían tres pimpollos, frescas, sonrosadas, bien olientes. Por supuesto que la tribu ignoraba el francés y sólo reía cuando los «políglotas» reíamos. En cambio, con voz bastante alta para que nos enterásemos los vecinos, hacían papá, mamá y las niñas comentarios encomiásticos condensados en esta exclamación del jefe del clan: «¡Qué graciosos y qué cultos son los franceses!» Pero... cuando el tenor anunció que iba á cantar «*la chanson du casque*», el grotesco monarca, queriendo hacer un *calembour*

insulso, dijo dirigiéndose á nuestro lado: «*La chanson du casque... ¿Et casque celà?*»—«¡Cásquesela usted, cochino!»—exclamó el honrado pater familias, haciendo retruécano brutal con una de las pocas frases inocentes de la obra...

Es el cuento del portugués filólogo: «Eu acho muito natural que os francezes chamen ao vinho, *vin;* ao pão, *pain;* é ao chapeu, *chapeau;* porem que ao pescozo chamen *cu*... ¡é até indecente!»

Si para disfrazar una palabra que pudiere parecer escabrosa se adopta otra palabra ó una frase hecha, al cabo de cierto tiempo todo el mundo sabe lo que oculta el disfraz, y atribuyéndose á éste la misma significación que á la palabra mal sonante, acabamos por condenar, por poner en el *index* otro vocablo ó todo un modismo. Así la supuesta *decencia* aumenta el número de expresiones indecentes y empobrece el idioma al restar voces ó términos de «*bonne compagnie.*»

Esa locucioncilla francesa háceme pensar que si es criticable el empleo innecesario (falta en que acabo de incurrir) de idiomas extraños, en la conversación ó en los escritos comunes y corrientes, pueden y deben usarse tales idiomas en determinadas circunstancias, antes de ape-

lar á perífrasis que nadie entiende ó entienden todos.

Un ejemplo aclarará la idea.

Cayó enfermo Carlos Quinto, y según la costumbre del tiempo, cerróse herméticamente la alcoba, de modo que, cuando seguido de gran número de damas y gentiles-hombres de aquella ceremoniosa corte penetró en la regia estancia el archiatro imperial, hubo de buscar á tientas, bajo las sábanas, el brazo del paciente; y ya creía tenerlo en su mano, ya empezaba á contar las pulsaciones, cuando con voz majestuosa y solemne dijo aquél: «*Erras, amice, Hoc est membrum nostrum imperiale-sacro-cesareum!*»

El galeno salió de su error, las damas no se enteraron del percance, y la moral, la sacrosanta moral, quedó incólume. Bien dicen de los Pirineos para arriba que «les mots dans le latin bravent l'honnêteté.» Y es sabido entre nosotros que «cantada y en italiano,—gana mucho la moral.»

La anécdota precedente me apartó un poco de mi razonamiento. Decía que es contraproducente sustituir una palabra con otra, porque acabamos por considerar también indecorosa esta última. Es inútil aducir ejemplos: están en la mente de todo el mundo. Sólo citaré uno. Ya hasta las

maritornes sienten lastimado su pudor al hablar de *huevos*. Por cierto que han inventado la palabra *blanquillo*, y en este caso concreto casi estoy por conceder la razón á nuestras *gatas*. La idea de albura que sugiere el neologismo, apartará de la fogosa imaginación de las fregatrices el recuerdo de las turmas que conocieren.

Hay muchas palabras cuyo recto significado es inocente, pero que empleadas en sentido translaticio para velar la *inverecundia* (que diría un culto) de otras expresiones, acaban por ser pecaminosas, más pecaminosas que aquellas expresiones mismas; y es porque nos deleita arrancar velos con la imaginación, porque suele excitarnos más lo supuesto que lo real. Las morbideces de las chicas del «ballet» en mallas, nos producen una emoción estética libre de impulsos libidinosos—(y digo *nos* juzgando caritativamente que á los demás les pase lo que á mí),—pero si vemos en la calle á una de esas muchachas remangarse coquetonamente el vestido y dejar adivinar el arranque de la torneada pantorrilla, será un San Antonio quien no se encalabrine.

Referíame un diplomático mejicano que en cierta ciudad de Centro América, estando en el balcón junto á una distinguidísima señorita, díjole

ésta señalando á otra que pasaba por la calle: «Mire usted qué *chingona* va Fulana»... Nuestro diplomático abrió dos ojos como dos puertas cocheras, expresando con ellos todos los tonos de la interrogación. *Chingona*, en aquel país, traduce el *zancona* de Méjico y el *rabicortona* ó rabicorta de España. Nada: aquella señorita iba con la enagua á media pierna.

«*Fregar*» es en España verbo de los más limpios, y aquí no hay persona de buenos pañales que se atreva á proferirlo. En cambio, los frescos labios de la damita más empingorotada conjugan con deliciosas modulaciones el verbo «*amolar*» que del otro lado del Atlántico sólo se oye en la pestilente bocaza de algún arriero.

En resumen.

No pretendo hacer la apología del lenguaje sucio, bajo, soez. Me repugnan como á quien más las expresiones pornográficas, *coprolálicas* ó *escatológicas;* soy, aunque indigno y á mi modo, adorador de Nuestra Señora de la Eubolia; pero quisiera que todos llamásemos al pan, pan, y al vino, vino, cuando del pan y del vino *tuviésemos que decir* algo.

Se ha repetido que una obra es en cierta manera reflejo del carácter del autor y ahora

resulta—¡caso peregrino!—que los escritos reflejan más bien el carácter, el pensamiento, del lector ú oyente. En verdad, en verdad, á los hipócritas que fingen escandalizarse de su propia malicia achacándosela al prójimo, debemos decirles: ¡Ciudadanos!,

«arrojar la cara importa,
que el espejo no hay por qué.»

Y dejo la pluma en la espetera de donde, para apurar el argumento, convendría la descolgasen *omes más sabidores*.

. . . . . .

Suyo *ex toto corde*.

G. DE M.

Algo de tejas arriba... y de tejas abajo

Méjico, 11 de Junio de 1906.

SR. D. MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca.

Mi querido amigo: Acaso me crea usted olvidadizo y desatento porque he dejado pasar meses sin responder á alguna de sus cartas, y días, y aun semanas, sin darle las gracias por su último libro (1), y por las cariñosas frases que me dedica escribiendo á Amado Nervo.

La verdad es que mi pobre espíritu yace aprisionado en sombras, aherrojado por los inrompibles grilletes de preocupaciones del orden económico y del orden afectivo, y evito comunicar mis

(1) *Vida de don Quijote y Sancho, explicada y comentada.*